

## I. DOCUMENTACIÓN

### I. Documentation

# LA EDUCACIÓN Y LA HIGIENE. PATRICIO BOROBIO Y EL PRIMER CONCURSO DE EDUCACIÓN E HIGIENE POPULAR (SANTIAGO DE COMPOSTELA, 1915)<sup>1</sup>

## *Education and Hygiene. Patricio Borobio and the first Tender for Education and Popular Hygiene (Santiago de Compostela, 1915)*

Pedro L. MORENO MARTÍNEZ  
Universidad de Murcia  
E-mail: plmoreno@um.es

Fecha de aceptación de originales: 25 de junio de 2009

Biblid. [0212-0267 (2009) 28; 299-320]

RESUMEN: La iniciativa de la «Liga de Amigos de Santiago» de organizar un concurso de Educación e Higiene Popular se inscribe en un contexto en el que el proceso de medicalización de la infancia se intensificaba y la escuela se convertía en un espacio privilegiado para la inculcación de principios y adquisición de hábitos higiénicos, así como de control social y moral de la población escolarizada. La conferencia pronunciada por Patricio Borobio Díaz, catedrático de Pediatría de la Universidad de Zaragoza, abordaba las relaciones recíprocas existentes entre higiene y educación. Este trabajo se aproxima al estudio del concurso llevado a cabo por la entidad santiaguesa, la vida y la trayectoria profesional y asistencial del Dr. Borobio y el discurso pronunciado, el cual se transcribe íntegramente.

PALABRAS CLAVE: Educación, higiene, Patricio Borobio, Liga de Amigos de Santiago, Concurso de Educación e Higiene Popular, Santiago de Compostela (Galicia, España), 1915.

ABSTRACT: The initiative of the «Liga de Amigos de Santiago» to organize a tender for Education and Popular Hygiene arose during a period when child medicalization was at the fore and schools were becoming places in which to instil principles

<sup>1</sup> Este trabajo se ha llevado a cabo en el contexto de la ayuda concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia al proyecto de investigación SEJ2007-66165EDUC.

and the acquisition of hygienic habits, while at the same time being places of social and moral control of their pupils. The speech given by Patricio Borobio Díaz, professor in Paediatrics at the University of Zaragoza, addressed the reciprocal relationships between hygiene and education. This paper is a study of the tender put out by the Santiago group and of the life and career of Dr Borobio and the speech he gave. The latter is reproduced in whole.

KEY WORDS: Education, hygiene, Patricio Borobio, Liga de Amigos de Santiago, Tender for Education and Popular Hygiene, Santiago de Compostela (Galicia, Spain), 1915.

## Introducción

LA PROGRESIVA MEDICALIZACIÓN de la infancia experimentada en España a partir de las últimas décadas del siglo XIX contribuyó en nuestro caso, como había sucedido en países como Alemania, Bélgica, Francia o Reino Unido, al desarrollo de la higiene escolar. Entre las primeras manifestaciones concretas derivadas de la aproximación de la medicina a la educación y de sus profesionales, los médicos, a la escuela, podemos mencionar la creación del Servicio de Higiene Escolar para los Jardines de la Infancia en Madrid en 1878, la aparición bajo la dirección de Manuel Tolosa Latour de la revista *La Madre y el niño. Revista de Higiene y Educación* en Madrid en 1883, la publicación de la obra de Nicasio Mariscal *Higiene de la vista en las escuelas* en 1888, la constitución de la Asociación Nacional para la fundación de Sanatorios y Hospicios Marítimos y la colocación de la primera piedra del primero de esta índole, el Sanatorio Marítimo de Santa Clara en Chipiona (Cádiz), en 1892, la edición del libro de Manuel Tolosa Latour *Medicina e higiene de los niños* en 1893, o la gestación del Laboratorio de Antropometría y Psicología Experimental en el Museo Pedagógico Nacional bajo la dirección de Luis Simarro en 1894.

La relación de la medicina con el ámbito de la acción social de la protección a la infancia y la educación comenzaría a estrecharse e intensificarse notablemente, no sin resistencias en este último campo de sectores del magisterio, en los quinquenios iniciales del pasado siglo XX. Así, por ejemplo, la Ley de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad se promulga, a propuesta de Manuel Tolosa Latour e iniciativa de la Sociedad Española de Higiene, en 1904; Andrés Martínez Vargas, catedrático de Pediatría de la Universidad de Barcelona, publica el folleto *Botiquín escolar* en la editorial La Escuela Moderna en 1905; Augusto Vidal Perera edita el *Compendio de psiquiatría infantil* en 1907; Eduardo Masip Budesca da a conocer una Memoria, dirigida al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, sobre la «necesidad de la Inspección Médica en las escuelas de 1ª enseñanza» en 1909; se crea, bajo la presidencia de Andrés Martínez Vargas, la Sociedad Pediátrica Española, en Barcelona en 1912; se celebran el I Congreso Nacional de Higiene Escolar en 1912 y, con posterioridad, la I Asamblea Nacional de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad en 1914. El hito más sobresaliente para la institucionalización de la higiene escolar en nuestro país fue el establecimiento de la Inspección Médico-Escolar en todos los centros oficiales de primera enseñanza por Real Decreto de 16 de junio de

1911. No obstante, la nula efectividad de la medida, salvo en Madrid que ya contaba con una Inspección Médico-Escolar consolidada, requirió que el ministro liberal Joaquín Ruiz Jiménez, la recreara en todas las escuelas *públicas y privadas*, dependientes del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, por Real Decreto de 20 de septiembre de 1913. Sus funciones serían reguladas en el *Reglamento orgánico del Cuerpo de inspectores médico escolares*, promulgado por Real Decreto de 23 de abril de 1915, que incluía, en línea con las funciones atribuidas a la misma en el Congreso Internacional de Higiene de Bruselas de 1903, la higiene de la escuela, el estado sanitario de alumnos y maestros, la profilaxis de las enfermedades transmisibles, la organización de los servicios sanitarios, la educación sanitaria en las escuelas, la reglamentación higiénica de la enseñanza y de la educación física de los escolares, la higiene de la boca y la lucha antituberculosa en la escuela<sup>2</sup>.

Desde la escuela gallega se denunciaría el estado antihigiénico y antipedagógico de las instituciones escolares y se reclamaría el concurso de maestros y maestras, para afrontar los problemas existentes de salud pública, como la temida tuberculosis, con acciones promovidas desde los centros escolares tendentes a su prevención. Así lo reflejaría el maestro Luciano Seoane Seoane en la memoria titulada «Acción de la escuela en la lucha de la tuberculosis» que merecería el primer premio del Certamen Pedagógico celebrado en Santiago de Compostela en 1906. La memoria de Seoane reflejaba los riesgos que las características de los locales escolares comportaban para la salud de la población escolarizada expuesta a contraer, entre otras enfermedades, la tuberculosis. Escuelas con salones de clase ubicados en estancias lóbregas, carentes de la ventilación necesaria, con un aire mefítico, no siempre bien iluminadas, sin jardines ni patios de recreo o un mobiliario, entre otras carencias o defectos, con asientos sin respaldo. Si bien la precariedad de las condiciones de escolarización afectaban, por lo general, al conjunto de las escuelas españolas, los locales de las escuelas gallegas se encontraban en una situación aún más deplorable que la media estatal<sup>3</sup>. Además de la adopción de medidas profilácticas derivadas de la construcción y el equipamiento de edificios nuevos respondiendo a las exigencias de la higiene y de la pedagogía, también se reclamaba la formación higiénica de las niñas y los niños, el fomento del ejercicio corporal, de la introducción de roperos, cantinas, excursiones y colonias escolares, de asociaciones protectoras de la infancia y de la enseñanza, la constitución de ligas de higiene escolar o la potenciación de la acción social de los centros de primera enseñanza mediante la promoción de conferencias públicas de divulgación higiénica, a cargo de médicos, destinadas a los niños y sus familias, etc. La escuela era considerada una institución en la que «*todo en ella es cuestión de higiene*»<sup>4</sup>. Estas serían las coordinadas, en un contexto marcado por el regeneracionismo

<sup>2</sup> Una cronología acerca de las relaciones entre higiene y educación en España (1773-1935) puede consultarse en VIÑAO FRAGO, Antonio: «Higiene, salud y educación en su perspectiva histórica», *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, Murcia, n.º 20 (2000), pp. 19-24.

<sup>3</sup> COSTA RICO, Antón: *Escolas e mestres. A Educación en Galicia: da Restauración á IIª República*, Santiago de Compostela, Servicio Central de Publicacións. Consellería da Presidencia e Administración Pública. Xunta de Galicia, 1989, pp. 124-134.

<sup>4</sup> SEOANE SEOANE, Luciano: «Acción de la escuela en la lucha de la tuberculosis», *La Escuela Moderna*, Madrid, n.º 232 (1910), pp. 889-902, cita en p. 890 (c.o.).

y el reformismo social, en el que cabe situar la iniciativa auspiciada por la «Liga de Amigos de Santiago».

### Primer Concurso de Educación e Higiene Popular

En el discurso pronunciado por Máximo de la Riva García, presidente de la «Liga de Amigos de Santiago», entidad organizadora del concurso, en la sesión de distribución de premios celebrada el 18 de julio de 1915, calificaba la iniciativa llevada a cabo como una obra de defensa social en pro de la infancia desvalida. Para el presidente de la Liga, ninguna otra empresa era más oportuna y trascendente que su protección. Una protección que requería «capacitar la inteligencia de los niños para la investigación de la verdad, y sus organismos para el disfrute de la salud; trazar a tiernas criaturas la senda del honor y del deber; dotarles de medios aptos y suficientes para que, al realizar la peregrinación de la vida, logren la propia felicidad y fomenten la de sus semejantes; en una palabra, acudir moral y materialmente en ayuda de la infancia»<sup>5</sup>.

La «Liga de Amigos de Santiago», imbuida del espíritu regeneracionista del momento, considerando que las virtudes sociales, como la educación y la higiene, constituían la base sobre la que desarrollar la existencia, la seguridad y la prosperidad de las naciones, asumía como una obligación de la entidad la defensa y promoción del perfeccionamiento moral y material del pueblo. Para el logro de tal fin, estimaba que no había nada más práctico ni fructífero que la obra educadora. La idea de organizar el concurso de educación e higiene popular correspondió, según indicaba el secretario de la asociación, al presidente de la misma. A su patrocinio contribuyeron tanto la Junta Local de Protección a la Infancia, como dos benefactores particulares, Carolina Neira de Flórez y Pedro Pais Lapido. El concurso, que se desarrollaría en la ciudad de Santiago de Compostela, pretendía premiar a maestros, madres y escolares por su contribución o la adopción de hábitos de higiene y urbanidad.

El concurso se organizó en torno a siete bases que serían difundidas por periódicos locales y regionales. La primera de ellas aludía a la concesión de dos premios, consistentes en 150 pesetas y diploma de honor, a los autores de una «Cartilla de preceptos higiénicos y de urbanidad, en armonía con las nuevas orientaciones de la escuela primaria» y de otra «Cartilla de preceptos higiénicos que deben regular la alimentación del niño durante el primer año de vida y enumeración de los perjuicios que pueden derivarse caso de no ser observados aquéllos»<sup>6</sup>. Tales premios recayeron en los doctores Eduardo Buisan Pellicer y Lorenzo Loste Echeto<sup>7</sup>. Los premios de la

<sup>5</sup> RIVA GARCÍA, Máximo de la: «Discurso pronunciado por el presidente de la “Liga de Amigos”», en *Primer Concurso de Educación e Higiene Popular*, Santiago de Compostela, Tipografía de «El Eco de Santiago», 1915, pp. 13-17, cita en p. 15.

<sup>6</sup> Sobre el concurso y los premios otorgados véase BACARIZA VARELA, Augusto: «Memoria leída por el secretario de la “Liga de Amigos”», en *Primer Concurso de Educación e Higiene Popular*, op. cit., pp. 3-11.

<sup>7</sup> La obra premiada a Eduardo Buisan no nos consta que fuera editada. Este autor ya contaba con un folleto publicado sobre tales temas (BUISAN PELLICER, Eduardo: *Educación higiénica de la mujer y su influencia en el desarrollo físico y moral de los hijos*, Madrid, Sociedad Española de Higiene, 1912). Mejor suerte corrió, al parecer, la segunda «Cartilla», obra de Lorenzo Loste (LOSTE, Lorenzo: *Cartilla de preceptos higiénicos*, Zaragoza, Ediciones Aragonesas, 1916).

base segunda estaban dirigidos a recompensar la labor ejercida por los profesores. La base tercera pretendía premiar a aquellas madres pobres, viudas o casadas, que teniendo cinco o más hijos acreditaran mayor interés por su educación. Estos premios alcanzarían a ocho mujeres que recibirían, cada una de ellas, cincuenta pesetas. La base cuarta iría destinada a premiar la aplicación de los alumnos, distribuyéndose un total de trescientas libretas de ahorro del Instituto Nacional de Previsión, con una imposición de dos pesetas, de modo proporcional al número de estudiantes de las escuelas nacionales y municipales. La base quinta recaía en niñas y niños ciegos y/o sordomudos. La base sexta distribuiría un total de veinte premios de veinte pesetas cada uno a madres pobres, viudas o casadas, «de ejemplar conducta moral», que supiesen cuidar y vestir a sus hijos lactantes. Por último, se premiaría a los alumnos de las escuelas públicas que demostraran más cuidado y perfección en el aseo personal, mediante las prácticas efectuadas ante el jurado, adjudicándose un total de noventa y siete estuches de neceseres de aseo, que serían distribuidos de forma proporcional al número de alumnos de tales centros educativos.

En la sesión de entrega de premios, que tendría lugar en la Escuela de Veterinaria de la Universidad de Santiago de Compostela, se contaría con las intervenciones, además de las del secretario y el presidente de la «Liga de Amigos de Santiago», de dos conferenciantes. El primero de ellos, Álvaro López Núñez (León, 1865-Madrid, 1936), por aquel entonces secretario del Instituto Nacional de Previsión, intervendría con la conferencia titulada «Relaciones entre la higiene y la previsión»<sup>8</sup>. López Núñez fue cofundador del grupo de la democracia cristiana cuyo ideario humanístico y renovador estuvo fuertemente impregnado por las corrientes del catolicismo social. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Salamanca, dedicado al periodismo y la acción social, su actividad profesional vinculada a la administración pública la desarrollaría, primero, en el Instituto de Reformas Sociales desde su creación en 1903 hasta su transformación, en 1908, en el Instituto Nacional de Previsión, en el que desempeñaría los cargos de secretario general y de subdirector general. Con posterioridad, con la creación del Ministerio de Trabajo y la integración de dicho organismo en el mismo, llegaría a ocupar la Subdirección de la Inspección de Trabajo. Entre otros méritos, Álvaro López sería miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de las juntas directivas del Consejo Superior de Protección a la Infancia, del Real Patronato para la Represión de Trata de Blancas, de la Comisión Nacional de la Mutualidad Escolar, del Consejo Superior de Emigración, de la Asociación internacional para la protección legal de los trabajadores, del Comité permanente internacional de Seguros Sociales y del Consejo permanente internacional de protección a la infancia. También desempeñó los cargos de consejero de Instrucción Pública, vicepresidente del Patronato Nacional de Sordomudos y presidente del Patronato de jóvenes abandonados. Representaría a España, al menos, en el congreso internacional de protección legal de los trabajadores celebrado en Zúrich (1912). Publicaría un gran número de monografías, preponderantemente, acerca de cuestiones sociales, entre las

<sup>8</sup> LÓPEZ NÚÑEZ, Álvaro: «Relaciones entre la higiene y la previsión», en *Primer Concurso de Educación e Higiene Popular*, op. cit., pp. 19-34. Su conferencia también sería publicada por otros medios (LÓPEZ NÚÑEZ, Álvaro: *Relaciones entre la higiene y la previsión*, Madrid, Tip. de la Revista de Arch., Bibl. y Museos, 1915).

que destacan aquellas en las que se ocupó de los problemas de la infancia, la educación y la protección de la infancia discapacitada, así como muy especialmente de la previsión infantil, como fue el caso de la conferencia presentada en Santiago de Compostela en los actos organizados con motivo del concurso de educación e higiene popular<sup>9</sup>.

La segunda de las conferencias, la de clausura, sería pronunciada por Patricio Borobio Díaz, catedrático de Enfermedades de la Infancia de la Universidad de Zaragoza, quien actuaría como presidente del concurso y disertaría sobre «La educación y la higiene»<sup>10</sup>.

### Patricio Borobio, el «médico de los niños»

Patricio Borobio Díaz (1856-1929) nació en Santiago de Compostela el 17 de marzo de 1856. En su ciudad natal cursó la enseñanza primaria, bachillerato y el grado de licenciado en Medicina que logró con la calificación de sobresaliente y premio extraordinario de licenciatura en 1877. Un año más tarde consiguió el título de doctor por la Universidad Central de Madrid. Tras la creación de las cátedras de Enfermedades de la Infancia en el plan de estudios de 1886 y cubrir el Dr. Criado Aguilar por concurso la de la Facultad de Medicina de San Carlos en Madrid, Borobio sería la segunda persona en acceder a una cátedra de la especialidad en España por dicho procedimiento, en concreto, en la Universidad de Zaragoza, en 1887. Su vida profesional transcurrió entre la actividad docente, las consultas del Hospital Clínico, el Dispensario antituberculoso y la privada en su propio domicilio. Entre otros cargos, desempeñó el de presidente de la Sección de Medicina de la Academia de San Luis Gozaga desde 1894, del Colegio Oficial de Médicos de 1904 a 1907 o de la Academia Médico-Quirúrgica Aragonesa en 1907. Asimismo, fue miembro numerario de la Real Academia de Medicina y Decano de la Facultad de Medicina a partir de 1918. También presidiría varios congresos pediátricos nacionales y participaría en reuniones científicas internacionales y sería elegido primer presidente de la Sociedad Española de Nipiología constituida en Zaragoza en 1925<sup>11</sup>. Una vez jubilado en 1926, ocupó la presidencia de la Diputación Provincial de Zaragoza desde 1928. Muchos serían los honores y las condecoraciones recibidas<sup>12</sup>. Su labor profesional estuvo asociada al ejercicio clínico de la pediatría, que, unida a las cualidades personales que se le atribuían, de hombre caritativo y bondadoso, permiten explicar que fuera conocido en

<sup>9</sup> JORDANA DE POZAS, Luis: «Ser, vida y muerte del Excmo. Sr. don Álvaro López Núñez», *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, n.º 54 (1977), pp. 261-278; BASO ANDRÉU, Antonio: «Don Álvaro López Núñez. Semblanza de un maestro visto a través de su obra e ideario social», *Flumen*, Huesca, n.º 3 (1998), pp. 91-106.

<sup>10</sup> BOROBIO DÍAZ, Patricio: «La educación y la higiene», en *Primer Concurso de Educación e Higiene Popular*, op. cit., pp. 35-56.

<sup>11</sup> ÁLVAREZ PELÁEZ, Raquel: «La búsqueda de un modelo institucional de protección a la infancia: institutos, guarderías y hogares infantiles. España 1900-1940», en PERDIGUERO GIL, Enrique (comp.): *Salvad al niño*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la ciència, 2004, pp. 155-193, referencia, pp. 164-168.

<sup>12</sup> Para un conocimiento detallado de la labor académica, científica, clínica, social y asistencial desarrollada por Patricio Borobio véase, especialmente, la obra de MARTÍN ESPÍLDORA, María Nieves: *Patricio Borobio y los inicios de la Pediatría en Zaragoza*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996.



la Zaragoza del momento con el apelativo de «médico de los niños»<sup>13</sup>. Como afirma su biógrafa Martín Espíldora, «los historiadores de la medicina resaltan [de él] su papel como participante en el proceso de institucionalización de la pediatría en España. Tanto por haber sido uno de los primeros catedráticos de la especialidad [...], como por haber participado en los primeros congresos»<sup>14</sup>.

Patricio Borobio desarrollaría una amplia labor social y asistencial a lo largo de su vida. Una labor marcada por su condición académica, la de «médico de los niños» y sus profundas convicciones religiosas. La «Acción social de la Universidad» fue el tema del discurso que pronunció en los actos de apertura del curso académico 1910-1911 de la Universidad de Zaragoza. Sus ideas se inscribían en el ambiente regeneracionista del 98<sup>15</sup>. Borobio dedicó «más tiempo al trabajo asistencial que a la investigación»<sup>16</sup>. La infancia desvalida centraría gran parte de sus iniciativas sociales. Más allá de las actividades de carácter estrictamente sanitario, Borobio participó en múltiples iniciativas benéfico-caritativas y asistenciales dirigidas, fundamentalmente, a la protección de la infancia. Colaboraría en la promoción y desarrollo de las colonias escolares en Zaragoza<sup>17</sup>, sería secretario de la Junta Provincial de Protección a la Infancia de Zaragoza desde su creación en 1908, presidente de los exploradores zaragozanos —los boy scouts— a partir de 1915 y del Tribunal tutelar para niños de la misma ciudad desde su gestación en 1921. Asimismo, colaboraría en la «Santa y Real Hermandad del Refugio» y en la «Tienda económica» desde 1911 y 1914, respectivamente<sup>18</sup>.

Su interés por la higiene de la infancia estuvo presente en su docencia universitaria, en el programa impartido en su cátedra, en sus estudios y publicaciones como, por ejemplo, en aquellos efectuados sobre «La mortalidad de los niños en Zaragoza» y las medidas propuestas para paliar tal situación, como las relativas a la lactancia materna, la reglamentación de la actividad de las nodrizas, la difusión de los conocimientos de higiene por medio de cartillas destinadas a las madres o la enseñanza de la higiene en las escuelas, o en las memorias del Tribunal tutelar para niños de Zaragoza<sup>19</sup>. Borobio tomaría parte en el comité español que asistió al I Congreso Internacional de Higiene Escolar llevado a cabo en Núremberg en 1904, fue elegido miembro de la Sociedad Internacional de Higiene Escolar gestada en el congreso, concurrió a varios de los eventos internacionales convocados por dicha Sociedad y sería nombrado, en el celebrado en Buffalo en 1913, miembro del comité permanente de los congresos internacionales de Higiene Escolar. También tomaría parte, entre otros, en el II Congreso Internacional de las «Gotas de Leche», convocado en Bruselas en 1907 o en la I Asamblea Nacional de Protección a la Infancia celebrada en Madrid en 1914<sup>20</sup>. Tras este último congreso sería designado miembro del comité

<sup>13</sup> MORALES, Juan Luis: *El niño en la cultura española*, Madrid, 1960, t. 1, pp. 317-319, cita en p. 317.

<sup>14</sup> MARTÍN ESPÍLDORA, María Nieves: *Patricio Borobio y los inicios de la Pediatría en Zaragoza*, *op. cit.*, p. 31.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 114-120.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>17</sup> JUAN BORROY, Víctor Manuel: *Mitos, creencias y mentalidades del magisterio aragonés del primer tercio del siglo XX*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1998, pp. 267-270.

<sup>18</sup> MARTÍN ESPÍLDORA, María Nieves: *Patricio Borobio y los inicios de la Pediatría en Zaragoza*, *op. cit.*, pp. 201-228.

<sup>19</sup> Una relación detallada de su producción, inédita y publicada, puede consultarse en *ibidem*, pp. 271-275.

<sup>20</sup> En esta Asamblea participaría en representación de la Junta Provincial de Protección a la Infancia de Zaragoza (BOROBIO, Patricio: «De la Junta provincial de Zaragoza. Las Gotas de Leche», en MINISTERIO

permanente de la Unión Internacional para la Protección de la Primera Infancia al que pertenecería hasta 1924. También disertaría con frecuencia como conferenciante sobre temas higiénicos con la finalidad de concienciar a las madres, al magisterio y público en general sobre la importancia de sus preceptos para preservar la salud y prevenir las enfermedades de la infancia.

Su trayectoria académica, intelectual, profesional y social, además de su condición de santiagués de nacimiento, justificaban plenamente la invitación de la «Liga de Amigos de Santiago» a presidir el Primer Concurso de Educación e Higiene Popular y clausurar los actos organizados con la conferencia «La educación y la higiene»<sup>21</sup>.

### El discurso de Patricio Borobio: «La educación y la higiene»

Una muestra del interés generado por el discurso pronunciado por Patricio Borobio en la sesión de entrega de premios del Concurso de Educación e Higiene Popular estriba en su difusión, además de quedar recogido en el folleto promovido por la «Liga de Amigos de Santiago», también aparecería en publicaciones periódicas de difusión nacional. El texto sería reproducido íntegra y literalmente, al menos, por la revista *Pro Infancia. Boletín mensual del Consejo Superior de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad*, dirigida por el Dr. Manuel Tolosa Latour, en los números inmediatamente posteriores a su presentación en Santiago de Compostela, correspondientes a los meses de agosto y septiembre. Su inclusión en esta revista —órgano oficial de las juntas provinciales y locales de protección a la infancia dependientes del Consejo Superior—, le confería al discurso un tácito reconocimiento público y una amplia proyección nacional<sup>22</sup>.

Patricio Borobio consideraba que si bien las nociones educativas e higiénicas ya estaban latentes en las sociedades primitivas, sin embargo los ideales higiénico y educativo no comenzarían a estar presentes hasta a partir de las civilizaciones antiguas. La educación y la higiene eran dos indicadores fundamentales del grado de civilidad y progreso científico y social de los pueblos. Es más, para nuestro autor, ambos ideales eran condiciones sin las que no era posible que pudiera llegar a existir una sociedad perfecta.

Tras mencionar los cambios ocasionados por el tránsito de la Higiene arte a la Higiene ciencia, y algunos de los avances originados por el conocimiento microbiano, aludiría a sus consecuencias para la atención y los cuidados higiénicos del niño, la responsabilidad de la madre, la puericultura, la eugenesia, el embarazo, la alimentación

---

DE LA GOBERNACIÓN: *Asamblea Nacional de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad. Ponencias, comunicaciones, memorias de las juntas*, Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1914, pp. 11-15).

<sup>21</sup> Una prueba del interés que estos actos despertaron en el Dr. Borobio da idea el hecho de que fuera una de las dos únicas ocasiones que, según informa su biógrafa, viajara con toda su familia a su Santiago natal (MARTÍN ESPÍLDORA, María Nieves: *Patricio Borobio y los inicios de la Pediatría en Zaragoza*, op. cit., p. 49).

<sup>22</sup> BOROBIO DÍAZ, Patricio: «La educación y la higiene», *Pro Infancia*, Madrid, n.º 76 (1915), pp. 89-100 y n.º 77 (1915), pp. 188-197. Probablemente, también fue recogido en las páginas de las revistas médicas *La Clínica Moderna* y *Los Progresos de la Clínica* (MARTÍN ESPÍLDORA, María Nieves: *Patricio Borobio y los inicios de la Pediatría en Zaragoza*, op. cit., p. 274).



del bebé, detallando y subrayando la importancia y las repercusiones de la lactancia materna, que presentaba como el remedio contra la mortalidad infantil. También haría referencia a las nodrizas, la lactancia artificial o las Gotas de Leche.

La higiene había que enseñarla, divulgarla, llevarla a las costumbres antes que a las leyes. Enalzando la iniciativa realizada, desde la responsabilidad cívica, por la «Liga de Amigos de Santiago», destacaría a la madre y el maestro como los «verdaderos agentes educativos» que debían formar más que con la palabra con el ejemplo. Una educación que debía ser completa, atendiendo equilibradamente a las dimensiones física, intelectual y moral. Probablemente, la idea más citada de su discurso es aquella en la que alude a la estrecha y recíproca relación existente entre higiene y educación, cuando afirma que «Higiene y Educación se buscan, atraen y completan. La Higiene educa, la Educación higieniza [...]»<sup>23</sup>. Destacaba y detallaba algunas instituciones e iniciativas que permitían llevar a efecto ambos ideales en lo que a los cuidados y la educación del cuerpo y la primera infancia se refería.

Borobio trató sucintamente las características que debía reunir un medio escolar moderno dirigido por la higiene, es decir, las condiciones de sus espacios y el mobiliario escolar, así como los cambios operados por una enseñanza inspirada por la misma. También hacía referencia a las enfermedades escolares originadas por la vieja escuela antihigiénica y antipedagógica. El Dr. Borobio confirmaría la hipótesis formulada por Alcántara García en su *Tratado de higiene escolar*, al concluir, como suponía aquél, que la higiene «ha causado una pacífica y trascendental revolución»<sup>24</sup>. Es más, también trataría las relaciones existentes entre higiene, educación y moral, es decir, las influencias recíprocas entre las mismas al señalar que «higienizando moralizamos, moralizando higienizamos». En el texto también alabaría y glosaría la iniciativa emprendida por la «Liga de Amigos de Santiago» y agradecería el honor que se le confería con el cometido de presidir el Concurso de Educación e Higiene Popular.

## Documento

BOROBIO DÍAZ, Patricio: «La educación y la higiene», en *Primer Concurso de Educación e Higiene Popular*, Santiago de Compostela, Tipografía de «El Eco de Santiago», 1915, pp. 35-56.

Concurso de Educación e Higiene habéis querido que se llame el que celebramos. El acierto inspiró la elección de asunto y de nombre, porque hermanar la educación

<sup>23</sup> Esta idea ha sido citada, entre otros autores, por RUIZ RODRIGO, C. y PALACIO LIS, I.: *Higienismo, educación ambiental y previsión escolar. Antecedentes y prácticas de la Educación Social en España (1900-1936)*, València, Universitat de València. Dpto. de Educación Comparada e Historia de la Educación, 1999, pp. 31-32; VIÑAO FRAGO, A.: «Higiene, salud y educación en su perspectiva histórica», *op. cit.*, p. 11; TIANA FERRER, Alejandro: «El modelo educativo del movimiento reformista», en TIANA FERRER, Alejandro y SANZ FERNÁNDEZ, Florentino (coords.): *Génesis y situación de la educación social en Europa*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2003, pp. 203-222, cita en p. 215.

<sup>24</sup> Alcántara vaticinó, en 1886, treinta años antes del discurso de Borobio, que la introducción de la higiene escolar originaría una «verdadera y trascendental revolución que alcanza a todos los elementos» relacionados con la escuela (ALCÁNTARA GARCÍA, Pedro de: *Tratado de higiene escolar*, Madrid, Librería de Hernando, 1886, p. v).

y la higiene es dar prueba de un delicado paladar intelectual y social. El éxito corona vuestra obra, después de laboriosa y útil gestación, con esta fiesta solemne y memorable de grandeza abrumadora. Lo único en que habéis errado es en la designación de presidente; esta culpa os condena a escuchar mis palabras, que han de ser pocas, para atenuar, en lo que de mí depende, el efecto de la pena.

Fórmense los pueblos de la agrupación de hombres unidos por vínculos que hacen de muchos como uno solo. El origen, la raza, la familia, el lenguaje, la religión, la historia, las costumbres, son los vínculos. Al par de ellos surgen los ideales futuros necesarios a la existencia de todo pueblo, el dominio sobre otros pueblos, la conquista de nuevas tierras, el engrandecimiento propio, la expansión colonizadora, la satisfacción, más perfecta cada día, de las necesidades sentidas.

Vano es buscar en las primitivas sociedades los ideales que hoy se nos parecen connaturales a los pueblos civilizados. Allá, en las lejanías del tiempo, en los albores de la organización social, la necesidad del vivir, primera de todas, era a la vez realidad inexcusable e ideal único. Ante todo existir, agruparse, defenderse. La noción educativa, la noción higiénica, innatas sin duda y latentes siempre en el fondo del ser humano no hallaban medio de salir a flor de la vida social.

Allá no hay más educación ni más higiene que aquello que espontáneamente produce el desenvolvimiento meramente natural de las actividades del hombre. Sin que nadie les enseñe, los hombres aprenden a cubrirse con toscos vestidos, a procurarse el alimento, a protegerse de los rigores del clima, a edificar incómodas viviendas, a fabricar armas imperfectas, a defenderse de sus enemigos, utilizando los accidentes del terreno, a comunicarse entre sí por sencillo lenguaje. Así viven, y así no hacen más que vivir. ¿Están quietos?

En apariencia sí, en realidad no. También nuestros sentidos nos dan la ilusión de que estamos clavados en medio del espacio infinito, y todo gira en torno nuestro, y sin embargo, la inteligencia nos demuestra que corremos sin descanso con velocidad superior al más rápido de los trenes expresos. El hombre anda, los pueblos andan, la humanidad anda, progresa; progresar es andar hacia delante en el camino de la perfección, y el progreso, si no puede ser infinito, será indefinido.

Las civilizaciones antiguas nos muestran ya los ideales higiénico y educativo, sin que sea posible fijar el momento preciso de su nacimiento. Al proyectar sobre aquellos pueblos la luz de la historia, los vemos poseedores de instituciones cuyo fin es la educación y la higiene. Los egipcios escriben en papiros y cultivan a perfección el difícil arte de los embalsamamientos. Los israelitas tienen en los libros mosaicos un código higiénico sobre alimentos, vestidos, habitaciones, cuidados corporales y medidas profilácticas de ciertas enfermedades. En Grecia fue preocupación de sus legisladores el vigor y la salud de la raza; la lucha, el salto, la carrera, los ejercicios del cuerpo, se cultivaban en los gimnasios y palestras, en que podían tomarse baños; los estudios y juegos de los jóvenes, el vestido y el alimento de los ciudadanos eran regulados por leyes. Grecia produjo los PEDAGOGOS, primer albor de la educación, la Pedagogía, hoy floreciente, que ennobleció, al hacerlo suyo, el nombre de aquellos humildes servidores griegos. Con Hipócrates nació la Higiene científica y razonada.

Los romanos concedieron a la higiene una buena parte en sus instituciones, de que son testimonio sus acueductos y fuentes públicas, sus magníficas termas, sus vías urbanas, la famosa *cloaca maxima*, la cremación de los cadáveres; y en la educación, sus liceos y escuelas filosóficas.

Todo ello con ser mucho para tan remotos tiempos, es nada con lo que hoy se contiene en las humanas disciplinas que a la educación e higiene se refieren. Salvando el abismo medioeval, es preciso llegar a los siglos XVIII, XIX y XX, singularmente el XIX, porque está finido y concluso su balance científico, mientras en el XVIII fue iniciado, y del XX han corrido sólo tres lustros, para encontrar los problemas higiénico y educativo incorporados a la vida social, y marcando, por su adelantamiento, el grado que el verdadero progreso alcanza. No es pueblo civilizado, aunque lo parezca y entre los pueblos civilizados se muere, el que no tiene leyes higiénicas perfectas, y antes que leyes, costumbres, que, a las veces, hacen innecesaria la ley escrita, que atañan a la salud individual y colectiva en sus aspectos material, intelectual y moral. No es civilizado el pueblo que mira con negligencia, descuido o abandono la educación pública, la escuela y el maestro, la formación del hombre, del ciudadano, en la niñez y la juventud, tesoro y reserva de la riqueza y energía sociales.

Cumplida y a cubierto de todo riesgo la necesidad imperiosa del vivir, la sociedad, como los individuos, va sintiendo el aguijón de nuevas necesidades, que se traduce en el deseo de vivir una vida más perfecta cada día. El progreso científico engendra el progreso social. La higiene y la educación se elaboran, forman y estudian primero en el campo especulativo como problemas científicos puros, y en cuanto tales, pertenecen de derecho al orden intelectual. Los hombres sabios, los pensadores, cerebro de los pueblos, dirigen, orientan y encauzan la civilización. A ellos toca formular los ideales higiénico y educativo, que son ideales selectos, aristocráticos, (*aristos*, los mejores) vienen de arriba, proceden de la inteligencia; no son democráticos, no nacen del pueblo, (*demos*) no pueden nacer de él; la masa del pueblo no da más que los grandes sentimientos fundamentales necesarios para su existencia y vida, justicia, religión, moralidad, patriotismo, defensa, bienestar. Cuando estos ideales, maduros ya, vienen a aplicarse a la vida de los pueblos, se convierten, de problemas científicos, en verdaderas funciones del organismo social, y en barómetros de su estado de adelanto; sin higiene y educación no puede haber sociedad perfecta.

La Higiene antigua nació y se formó de la observación pura; aunque racional, hubo de ser principalmente empírica en su doctrina, y aforística en la forma: era la Higiene *Arte*. Nuestro Monlau la definía: el arte de conservar la salud, suma de reglas prácticas para vivir sano y evitar las enfermedades. Nosotros hemos estudiado el contenido de la Higiene en aquellos seis clásicos epígrafes de *circumfusa, gesta, ingesta, excreta, applicata y percepta*, clasificación buena en su tiempo, pero que hoy es inaceptable. Los progresos del saber fueron transformando poco a poco el carácter y naturaleza de la Higiene; sobre los cimientos de la Higiene *Arte* se levantó la Higiene *Ciencia*, la Higiene moderna, biológica, estadística, experimental.

Por el conocimiento de las condiciones físico-químicas de la vida celular se llega a determinar su integridad, salud, o su desintegración enferma, y se deduce la manera de mantener la una y oponerse a la otra, cuando las causas morbosas radican en el propio organismo. Cuando las causas son externas, la profilaxis se ha hecho posible después del portentoso descubrimiento de los microbios patógenos, agentes específicos de muchas enfermedades. Asombra pensar los adelantos que en pocos años se han realizado en la lucha higiénica contra las afecciones, vencidas hoy ya hasta las más graves y mortíferas. Conocida la existencia del microbio, su manera de reproducirse y propagarse, lo que le favorece y le perjudica, su acción letal en el medio orgánico, se sabe seguidamente el modo de destruirlo, oponerse a su vitalidad y contrarrestar

sus efectos. Las vacunas y los sueros completan la obra, y sirven de puente final que enlaza la Higiene con la Terapéutica. La experimentación animal, y aun la humana en lo que tiene de legítima, son la prueba y la contraprueba de los hechos adquiridos. La estadística, sin la que no hay Higiene posible, reúne y ordena los resultados prácticos obtenidos con los procedimientos científicos de profilaxis, y viene a ser la sanción final y definitiva de su certeza.

Toca en la ocasión presente encaminar la consideración a la Higiene del niño, porque si el hombre completo, el hombre adulto es el total sujeto de la Higiene, el hombre en formación merece de modo especial los cuidados de esta ciencia tutelar. Son la niñez y juventud períodos transitorios en que muchas cosas tiene fácil evitación; es la edad adulta estado permanente en que no cabe remedio a los males producidos. La salud del niño es frágil; su vida está constantemente amenazada: hay que protegerle. Así como el labrador, después de haber sembrado, espera con ansiedad el momento de ver brotar la tierra la primera hoja, la rodea de asiduos cuidados y la ayuda a crecer, a florecer, a madurar y reproducirse; de igual manera el higienista debe prodigar al niño una cotidiana y sabia tutela hasta conducirlo a la edad adulta, en que podrá bastarse a sí mismo. Nace desnudo e incapaz de hacer por sí nada; sólo sabe llorar y mamar, a condición de que se le presente el pecho; nada lo preserva contra el frío, su mayor enemigo; por meses y años es impotente para subvenir a sus necesidades. La madre que le dio el ser sabe amarlo, mas no sabe cuidarlo, ignora la ciencia y el arte de la crianza; otra madre amorosa le inspirará, le enseñará este sublime arte, es la Higiene que, aplicada al niño, cambie su nombre por el de Puericultura.

Antes de nacer el niño, la Puericultura se ocupa ya de su salud y vigor futuros, protegiendo la madre que lo lleva en su seno, y dando prudentes consejos a quienes, queriendo constituir familia, deben pensar sobre todo en engendrar hijos sanos, finalidad preferente del matrimonio. Un padre enfermo, sifilítico, alcohólico, tuberculoso, tiene hijos débiles, raquíticos, miserables, atrépsicos, tuberculizables, imbéciles, neurasténicos, histéricos, condenados a un vivir penoso y a una muerte prematura. El hijo, desde que es concebido, tiene derecho a nacer sano: si le hacéis venir al mundo, dadle salud antes que riquezas. La sociedad puede exigir sanidad a los padres, como único medio de evitar los desastrosos efectos de la herencia patológica.

Durante los últimos meses del embarazo, en que se completa el desarrollo del niño, la madre debe ser cuidadosamente atendida, si es rica, a sus expensas, si es pobre, por las instituciones de beneficencia, casas de maternidad, etc., liberando a las obreras del trabajo hasta mucho después que hayan salido de su interesante estado.

La alimentación domina la higiene del niño en los primeros años, es el problema culminante de la Puericultura. Formar, plasmar aquel tierno cuerpecito, endurecer, incrementar sus huesos y sus carnes para que sean el sostén del futuro hombre, substrato material de sus actividades psíquicas y morales. Ante todo, ser, vivir para vivir, nutrirse, para nutrirse, alimentarse, para alimentarse, la leche de su madre, de una nodriza, la leche de un animal.

Con lo cual queda dicho que la leche es alimento insustituible del pequeño infante. No siendo esta ocasión propicia para demostrar la superioridad y categoría de las distintas formas de lactancia, según tiene establecido la Puericultura, procederemos por afirmaciones que son hoy axiomáticas. La lactancia materna es la mejor, y sería la única si todas las madres que quieren pudiesen, y todas las que pueden quisiesen lactar sus hijos; la leche de la madre pertenece a su hijo. Un niño lactado en condiciones

*normales* no padecerá de enteritis; un niño lactado en condiciones *anormales* será un niño enfermo y expuesto a morir. La lactancia materna es la gran medida salvadora de la salud del niño, la garantía de su robustez, el remedio contra la espantosa mortalidad infantil. En todo tiempo, lugar y condición los niños lactados por sus madres están más fuertes, crecen mejor y mueren menos. El valor de un pueblo depende del valor de los individuos que lo constituyen.

¿Cómo extrañar el clamor unánime de higienistas, sociólogos, moralistas y gobernantes en pro de la lactancia materna?

La nodriza, esa *pseudo* madre de abolengo remoto, de origen a veces inmoral, aspecto de industria antipática, es el sustituto menos malo de la lactancia materna. Con ella pretende igualarse sin conseguirlo; la realeza de la maternidad es intransmisible. Un niño en nodriza fuera del domicilio de la madre, si no es muy vigilado, está expuesto a morir. Por eso se ha establecido en forma legal la inspección médica del servicio de nodrizas, necesarias porque la acción individual es insuficiente.

Enseña la Puericultura que la leche es alimento único y completo y que todo otro alimento obra en el niño como un veneno. Es la leche de animales tabla de salvación para los niños que no pueden ser lactados naturalmente; ya que no tengan madre ni nodriza, que no les falte la leche. Lactancia artificial se llama ésta porque del artificio del biberón se sirve. Los desvelos de la Higiene, la protección de las sociedades de caridad, la acción tutelar y coercitiva de las leyes, se han multiplicado para defender la vida y salud de los millares de niños, que por causas de diverso orden tienen que ser lactados artificialmente. Porque las estadísticas han evidenciado la dolorosa verdad de que estos pobres niños son números copiosos que llenan las casillas de la mortalidad. Infanticida se llama con poco acierto el biberón; inocente es en manos que sepan hacer de él buen uso. Para redimirlo y redimir a sus obligados clientes fueron naciendo e implantándose en el medio social moderno, la inspección de las leches y vaquerías; las vaquerías higiénicas y modelo; la esterilización y maternización de la leche; las casas cunas; las cooperativas y mutualidades maternas y de lactancia; las consultas de niños de pecho; las conferencias, enseñanzas y cartillas para madres; las Gotas de leche, institución admirable que por sí sola ha salvado la vida de innumerables niños. Aconsejada por la Higiene, cuyos inmensos progresos la hacen cada día mejor consejera, la sociedad se defiende bravamente de la creciente disminución de madres y nodrizas, buenas criadoras de niños; y hoy puede afirmarse que han desaparecido aquellos espantosos estragos del biberón de que hablan las estadísticas del último tercio del siglo diez y nueve.

Tan halagüeña y consoladora esperanza tiene como premisa la observancia firme, constante, de los mandamientos de la Higiene colocados en categoría inmediata inferior a los de la Religión. Hay que llevar la Higiene, antes que a las leyes, a las costumbres; hay que darla a conocer al pueblo como conoce el catecismo; hay que enseñarla, predicarla, divulgarla con la palabra, el libro y el ejemplo; hay que hacer lo que hacéis vosotros, beneméritos Amigos de Santiago, en este concurso que debéis repetir y ampliar, si la voluntad no os falta, que no os faltará, si la fe no os abandona, que no os abandonará, y si los medios materiales llegan a vosotros, atraídos como hierro al imán, que sí llegarán, porque imán poderoso es vuestra Liga, y si no hierro, cobre, plata y oro tienen los generosos hijos de la Ciudad del Apóstol. Aunque sé que vuestra Liga no se reduce a los dos solos aspectos, higiénico y educativo, sino que en su

amplísimo seno cabe todo lo que a prosperidad material y espiritual se refiere, tócame en la ocasión presente contraerme a esta parte de vuestras felices iniciativas.

La Higiene hace el niño; la Educación forma el hombre. Transformar la potencia en acto, eso es la educación. Educar equivale a dirigir, guiar, conducir, encauzar las actividades del hombre, que antes de ser pensador fue ignorante, antes de hablar, tuvo la lengua atada por la mudez, antes que robusto y fuerte, fue débil, antes que caritativo y desinteresado pasó por el natural egoísmo de los primeros años. ¿Quién disipa las nieblas del cerebro, desata el nudo de la lengua, abre la puerta de los sentidos, endurece los huesos, fortifica los músculos y enciende en el corazón la llama ardiente de la virtud? La educación. Eterno problema del individuo y de la humanidad; los pueblos se educan a través de los siglos sufriendo la acción del medio en que viven y de los acontecimientos sociales que por el hombre son causados y sobre él imprimen su huella. Aparecen como maravillas los efectos de la educación, y, sin embargo, ella nada crea; ella fomenta, cultiva, desenvuelve y dirige en cierto sentido las energías innatas del hombre en su primera edad, porque es el niño el verdadero sujeto de la educación. Organismo tierno, materia blanda, alma dócil, capaz de recibir la impresión de cuanto en él grabarse quiera, tabla rasa en que nada se ha pintado, según expresión de los escolásticos. Dotado de poderosa retentiva, sutil agudeza de sentidos, impresionabilidad exquisita, fina sensibilidad, reacción refleja vivísima, y sobre todo de una prodigiosa facultad de acomodación, el niño está admirablemente dispuesto para recibir la acción educativa, y llegará a ser, por ella, lo que se quiera que sea.

La humanidad, con instinto que penetra, antes de analizarlos, los grandes problemas sociales, se ha preocupado siempre de la educación de sus niños, que encierra en sí los demás problemas, religioso, científico, moral, social, político y económico. Al niño se han dirigido los fundadores o reformadores de sectas religiosas y escuelas filosóficas, los propagandistas de ideas políticas, los salvadores de las crisis sociales, los educadores de todo género; todos, buenos o malos, equivocados o maliciosos, leales o hipócritas, han querido apoderarse del arbusto de hoy para ser dueños del árbol de mañana.

La herencia es un factor poderoso de la educación en que no se paran mientes por su misma universalidad, sin el cual la educación sería enormemente difícil. Toda idea que se sugiere al niño, o movimiento que se le hace ejecutar encuentra preparado el terreno por el recuerdo de innumerables ideas y movimientos iguales que poseyeron y practicaron sus ascendientes. Así aprende a andar sin trabajo, a pesar de ser la progresión un movimiento muy complejo; así aprende a hablar y escribir en pocos años, y el lenguaje y la escritura han costado a la humanidad un número incalculable de siglos; así la educación es más fácil, breve y perfecta en los pueblos civilizados que en los salvajes, en los descendientes de familias intelectuales que en los de rústicos labriegos.

¿Cómo hablar de la educación del niño sin mentar dos figuras que surgen a su lado, verdaderos agentes educativos, la madre y el maestro? La madre fortalece al hijo con el néctar de sus pechos, le ayuda a dar los primeros pasos, le protege de las inclemencias del medio y vela mientras él duerme; le enseña a hablar y a pensar, grabando en su cerebro las ideas elementales de que es capaz; en su regazo aprende el niño a rezar, a amar a Dios y al prójimo, a creer en la existencia de una vida futura, a distinguir el bien del mal. Entre besos ardientes y dulces regaños, sin darse cuenta de la gran obra que realiza, la madre va cumpliendo su misión providencial y echando los



firmes cimientos de nuestra educación. Llegado el día de la emancipación educativa, se resigna, no sin pena, a que nos separemos de ella, dándonos, a modo de testamento, consejos de un valor inestimable, por nosotros entonces no bien comprendidos. Del hogar vamos a la escuela; después de la madre, el maestro.

Todos le recordamos con veneración. A él debemos lo que somos, nunca agradeceremos bastante el mérito de educar a niños juguetones e inquietos primero, a traviesos muchachos después, y a jóvenes de bozo incipiente y pretensiones varoniles más tarde. A través de todos los grados de la enseñanza, si el tipo del maestro varía en la forma, permanece idéntico en el fondo, ya sea el modesto de primeras letras, el dómine repetidor de latinidad, el auxiliar de la pasantía, el catedrático de Instituto y Universidad, o el maestro del taller; cada uno se ocupa en educar los demás hasta dejarlos en situación de ser maestros de sí mismos. Conocimientos científicos o artísticos y cualidades pedagógicas integran un buen maestro; ha de educar más que con la palabra, con el ejemplo, siendo sabio, virtuoso, desinteresado, amante de la enseñanza, discreto, observador y prudente. Todo pueblo celoso de su prosperidad y grandeza cuida de elegir un buen magisterio, porque sabe que de la escuela y el taller sale la fuerza de las naciones.

Siendo el problema educativo, cosa que por sí misma se ofrece desembrollada, si se estudia sin prejuicios, aparece complicado y difícil cuando en su resolución se hacen intervenir los intereses doctrinarios de secta, creencia o escuela filosófica, olvidando los dictados del buen sentido. A la educación llamada clásica se achacó el defecto de atrofiar las inteligencias, y se alabó, como panacea, la educación experimental. La Enciclopedia nos trajo la educación indigesta en que se quiere dar un poco de todo sin profundizar de verdad en nada, cuyos efectos se sienten en la primera y segunda enseñanza. El positivismo creó una educación puramente sensitiva, esclava del hecho y despreocupada de la razón del hecho. El vértigo de la vida moderna, obligando a aprender mucho en poco tiempo, dio de sí la educación pomposamente llamada intensiva, que mejor pudiera llamarse infanticida, cuyos perniciosos efectos asustan ya a sus propios defensores, que lanzan el grito de alamar contra el terrible *surmenage*. Queriendo huir de él se cae en el extremo opuesto, según el cual el niño es cosa muy delicada, que reclama exquisitas precauciones para educarlo despacio, con mucho tiento, procurando no hacerle daño, esperando siempre a mañana, porque siempre les parece pronto a estos meticulosos pedagogos.

Los experimentalistas abominan de la educación filosófica o metafísica, cuyo conceptualismo gasta en vano las energías de la razón. A su vez los filósofos se desquitan tratando con cierto desdén la educación que se funda en la experiencia. Rousseau, en su *Emilio*, trazó un plan de educación natural basada en la satisfacción de las necesidades fisiológicas que sucesivamente van apareciendo. Hasta se ha inventado una educación laica, sin Dios y sin Religión, ¡cómo si Dios no existiera, a pesar de los educadores, y no fuese la Religión el vínculo que con Él nos une!

La educación ha de ser integral, gradual y proporcionada. Integral, que abrace todas las actividades del niño, corporales, intelectivas y morales, guardando entre ellas perfecto equilibrio. Gradual, que siga el desarrollo, poniendo en juego las facultades a medida que van apareciendo. Proporcionada, que en cada momento no dé al niño más de lo que puede recibir en relación con su capacidad.

La educación física actúa sobre los órganos y sus funciones hasta conseguir su armónico desarrollo; hacer organismos vigorosos y sanos es su finalidad. La educación intelectual comienza por los sentidos y el lenguaje hablado y escrito, instrumentos de toda enseñanza; sigue la adquisición y conservación de ideas, imaginación; la comparación, juicio; por fin, las facultades superiores, abstracción, generalización, raciocinio, conocimiento de la verdad, noción de la belleza, sentido estético. La educación moral disciplina las fuerzas internas que llevan a la acción: su fin es la virtud. Hay que educar primero los instintos, después los sentimientos elementales y los complejos, siempre y principalmente la voluntad, potencia directora de nuestros actos conscientes; hay que formar el sentido moral que da noción del bien especulativo y del bien práctico, lo distingue del mal, lo hace amable y mueve a ejecutarlo.

Higiene y Educación se buscan, atraen y completan. La higiene educa, la educación higieniza; sin educación no hay higiene, sin higiene la educación es deficiente. La higiene persigue especialmente la salud, la educación tiende a poseer la verdad, ambas por su acción armónica, llevan a la perfección moral que se llama virtud. Si el individuo es sano, instruido y bueno, los pueblos serán fuertes, adelantados, grandes y prósperos, que fortaleza, progreso, grandeza y prosperidad son los frutos con que Higiene y Educación premian a los que les rinden fervoroso y racional culto.

Aunque creaciones humanas, parecen ejercer misión casi divina. El hombre tiende a divinizar aquellos superiores conceptos de que se derivan beneficios grandes, positivos y constantes. Dioses fueron en la antigüedad Hygiea, Esculapio y Minerva. Hoy mismo, pudiera estarnos permitido considerar mentalmente la Higiene y la Educación como deidades tutelares de los pueblos; y si queremos materializar la aparición, para que mejor se nos entre por los sentidos, tendrán el aspecto de dos graves matronas, de honesto indumento y severo porte, que se estrechan amistosamente las sinistras manos y extienden las diestras en actitud de proteger.

Bajo su égida bienhechora los males de la humanidad se amenguan. Truécanse en alegrías las tristezas, en salud las enfermedades, en saber la ignorancia, en virtud el vicio, en paz la guerra, en abundancia la escasez, en fertilidad la esterilidad, y casi en vida la muerte. Como signo de adelanto, los más exquisitos cuidados, desvelos y sacrificios sociales se concentran en el niño; y júzgase el grado de civilización de un pueblo por el afán con que atiende a sus niños: el niño dominando al hombre. Es ideal de la Higiene aumentar la natalidad y disminuir la mortalidad infantil; muchos niños y sanos son grandeza futura y fuerza expansiva. Es ideal de la educación extinguir el analfabetismo, elevar el nivel de cultura, modelar el carácter nacional; pocos hombres educados dirigirán a multitudes ineducadas. Para cumplir estos ideales, Higiene y Educación sembraron la historia de la humanidad con instituciones que ellas crearon y fomentaron, y que se sostiene por su propia virtualidad.

Son, en orden al cuerpo, los campos de juego, las piscinas de natación, los baños públicos, los deportes y la gimnasia, las excursiones y colonias de mar y de montaña, la dignificación del ejercicio físico, elevándolo de la esfera en que estaba relegado al noble rango de primer medio educativo, vigorizador de la raza y regenerador de los pueblos.

Son en orden al niño pequeño, los más tiernos cuidados para su alimento y vestido divulgado en cartillas, concursos y enseñanzas; la acción tutelar y cariñosa de multitud de obras benéficas públicas y privadas: las maternidades, casas-cunas, asilos infantiles, gotas de leche, que a millares esmaltan los territorios geográficos, como

floridos oasis en que se respira salud y caridad. Cuanto el entendimiento concibió, fue gestado por los corazones y sacado a la luz por la voluntad generosa de los buenos ciudadanos: a cada obra va unido un nombre, que con ella vivirá siempre tributo de justicia, conmemoración de gratitud. Son los bienhechores de la humanidad, los selectos, los mejores, la aristocracia del bien.

Nuestras deidades, Higiene y Educación, van a la Escuela. ¿A qué, a aprender? No: ellas lo saben todo. Van a enseñar de común acuerdo: la Higiene dirigiendo la Educación, y la educación sometándose a la higiene. Surge una escuela nueva. Se ha remozado el vetusto edificio y ampliado su capacidad; la luz y el aire entran a raudales; hay lavabos y retretes modelo de comodidad y limpieza; confortable comedor, imitación del hogar, espera a los niños para que sacien su natural apetito. Se transformó el mobiliario escolar; aquellos bancos largos, estrechos, sin respaldo, en que nos mal sentábamos cuando niños, aquellas mesas bajas, incómodas, tortura de los cuerpos infantiles en que escribíamos con mil trabajos la plana, han desaparecido. Los bancos son anchos, con respaldo, la mesa pulcra y amplia, de uno o dos puestos, asiento movable, tablero variable, y altura proporcionada a la talla del escolar.

La enseñanza misma ha cambiado radicalmente. Dignificado el maestro y regulado su trabajo con los auxiliares, es posible y verdad la graduación de la enseñanza. Al memorismo y verbalismo ha sustituido la educación intuitiva, objetiva, los ejercicios prácticos, las lecciones de cosas; cada vez se usa menos el libro; cada vez el maestro explica menos y el discípulo discurre más. La Higiene, inspirando la pedagogía, apoderándose por fuera de razón de la propia substancia de ella, ha causado una pacífica y trascendental revolución, por la que, a la antigua pedagogía doctrinaria, magistral, apriorística, reemplaza una pedagogía fisiológica, científica, de observación, que se deja guiar por el niño, en vez de guiarlo ella, que, celosa de su organismo, lo saca de la escuela cerrada y lo lleva a la escuela al aire libre, única manera de luchar con la sedentaridad y evitar las enfermedades escolares. Que las hay, y este es un terrible cargo a la antigua pedagogía, tristemente comprobado por las estadísticas. La miopía escolar por mala iluminación, y procedimientos defectuosos de lectura y escritura; la escoliosis, por vicios de posición de bancos, mesas y labores no conformes con las reglas de la Higiene; los contagios por cambios en las prendas de cabeza, por vasos, retretes, besos y contactos íntimos, que propagan multitud de enfermedades infantiles, singularmente la nunca bastante temida tuberculosis, son otros tantos riesgos que corre el niño asistiendo a la escuela, y que hay que salvar, so pena de convertirse en enemigo de él.

Es la madre el primer educador del corazón del niño; es la familia, unida por el amor, el fruto de esta educación; es la escuela una prolongación del hogar. La obra comenzada en el regazo maternal, entre caricias y besos, continuada en la casa en medio de las mil nonadas que son la vida de los primeros años, ha de completarse en la escuela por el maestro, en funciones de segundo padre. Lo moral es complemento de lo físico y de lo intelectual. Si formamos y robustecemos un cuerpo, si educamos un entendimiento, es para que nos resulte un hombre activo, útil y bueno; y las buenas acciones las inspira sólo una sana moral. Y como la moral única es la basada en los principios religiosos; como la moral puramente humana, o humanitaria, es una moral fría, incompleta, egoísta, sin aroma, sin color, estéril, la educación del niño debe ser religiosa en la escuela, como lo es aún, a Dios gracias, y el Señor no permita que deje de serlo en las familias españolas. No puede tolerarse que, siendo cristiana

la familia, no lo sea la escuela, continuación de ella, según la pedagogía moderna. La enseñanza que se dice arreligiosa es en realidad enseñanza antirreligiosa; la escuela sin Dios es la escuela contra Dios. Hay quien sostiene que puede educarse el niño sin inculcarle creencia religiosa alguna, dejando su alma en la indiferencia para que, cuando sea hombre, elija lo que le plazca. No hay tal. Al hablar de la Creación, del origen del hombre, de la existencia del alma, de la vida futura, de premios y de castigos, de mandamientos, de obras buenas y malas, ¿cómo se las compondrá el maestro para no enseñar al niño la idea de un Dios infinitamente poderoso, sabio, justo y bueno? ¿Con qué cosa querrá llenar el vacío destinado en el corazón a recibir la educación religiosa? ¿En nombre de quién impondrá mandatos y prohibiciones que no sea el de Jesús y el sublime código escrito por Él en las páginas del Evangelio?

Higiene, Educación, Moral, son tres cosas inseparables, que no sólo no pueden contradecirse, ni siquiera vivir cada una olvidada de las otras, si no que se necesitan, compenetran e identifican. Higienizando moralizamos, moralizando higienizamos, haciendo uno y otro, educamos. Solidaridad de acciones, trinidad admirable en que cada una hace lo de las otras dos, y las tres hacen una misma cosa; trinidad fecunda de cuyo culto nacen tres óptimos frutos, salud, verdad y virtud, estar sano, ser sabio y obrar bien.

Ya llegamos, señores, tras áspera caminata por los yermos párrafos de mi discurso, a las laudables iniciativas de la LIGA DE AMIGOS DE SANTIAGO, una de las que celebramos en este acto de solemnidad suprema y de perdurable memoria. Porque amáis a Santiago, porque anheláis su progreso en todos los órdenes de la vida moderna, habéis organizado certámenes y ofrecido premios por actos y obras tocantes a la trinidad de que os hablaba: moral, higiene, educación. Tendrá la moral su día de triunfo, consagrado al arte, virtud, trabajos y acciones meritorias, presidido por un ilustre amigo de Santiago, cuya alta jerarquía social, rendida al servicio de tan nobles ideales, multiplicará su brillo y resonancia. En el de hoy, nos congrega el culto a la Educación e Higiene; nos da su valioso patrocinio la Junta local de Protección a la Infancia, a quien yo me complazco en agradecer por todos la inmensa fuerza moral que prestado nos ha, con sólo dejarnos usar de su nombre prestigioso, y nos ofrece la LIGA el fruto de su labor meritísima y de su entusiasmo, en la gestación larga y terminación feliz del concurso a cuyo final estamos.

Con el cual habéis querido, y conseguido habéis, no menos que poner a Santiago en la vanguardia de los pueblos progresivos, *uropeizados*, como se dice por muchos. Vuestro sentido práctico, vuestro conocimiento de la realidad social os ha encaminado a la Educación y a la Higiene, porque en ellas estriba y se cimenta la verdadera prosperidad de los pueblos. Que la dirección ha sido certera lo prueba el éxito que tocamos, y lo confirmará cada día más la ventajosa influencia de este certamen en las costumbres de vuestros conciudadanos. Por él, los ideales higiénico y educativo irán infiltrándose lenta, pero seguramente, en la masa de nuestro pueblo, un tanto resistente, a dejarse conquistar de ellos. Os dirigís a los niños hoy para ser dueños de los hombres mañana.

Cooperadores decididos de vuestra obra son hasta este momento el Excmo. Ayuntamiento y su digno Alcalde presidente, encarnación genuina de la ciudad, las autoridades de todos los ramos, cada una en el de su competencia, los nobles ciudadanos santiagueses, los periódicos locales y regionales que propagaron a porfía los concursos y certámenes. Cooperadores los Jurados, que con envidiable desinterés se

han impuesto la difícil labor de examinar, juzgar y premiar; que encabezan las personas ilustres de mi respetado maestro el Dr. Fernández Íñiguez y de mi eximio profesor el Dr. García Ferreiro, y cuyos miembros llevan nombres que no debo callar, Barcia Caballero, Fráiz Andón, Sánchez Salgués, Pimentel Méndez, Barca Blasco, Dora Martínez García de Vázquez, Fernández Rodríguez, Martínez de la Riva, Bacariza y Villar Iglesias. ¡Qué escogida falange de varones prudentes, sabios, discretos y poseedores del don de consejo! ¿Cómo no habían de verse, más que satisfechos, colmados vuestros anhelos y esperanzas, convertido en espléndida realidad lo que hace meses juzgabais un sueño, sin duda hermoso, pero sueño al fin?

Vuestro acierto y el de vuestros consejeros nos ha traído al éxito que tocamos. El lucimiento de esta fiesta en que se juntan la ciencia, el arte, la ciudadanía, el pueblo, la belleza y la caridad, de esta fiesta, plena de grandeza, perpetua página de oro en los anales de Compostela, no es, con ser mucho, otra cosa que dorado marco que encuadra la verdadera substancia del concurso: los premios y los premiados. Los premios, merecido galardón que la ciudad, del brazo de la Higiene y Educación, adjudica y otorga, después de haberlos discernido los Jurados. Los premiados, niños, madres, médicos y maestros, de su humildad y pobreza, flor y nata de la aristocracia social, los mejores escogidos entre los buenos. Bien habéis entendido los intereses del niño, en su crianza y educación, al pedir en la base primera la cartilla de preceptos higiénicos y de urbanidad que han de enseñarse en la escuela y la de alimentación del niño. Puede asegurarse que una y otra serán el verdadero libro de las madres y de los niños; de las madres, para que aprendiendo cosas que ignoran, sepan guardar la vida y mantener la salud de sus hijos de una manera racional y científica; de los niños, para que se den cuenta de la importancia de la higiene y urbanidad en la educación, y en las fases sucesivas de su vida social futura.

Os acordáis del maestro, pensando que es el primordial elemento de toda obra higienizante y educadora, y premiáis el celo y competencia que hayan mostrado en el desempeño de sus deberes profesionales. Ellos, a su vez, serán jueces de sus alumnos, propondrán al Jurado los que sean merecedores de recompensa por su aplicación y conducta, entre los que asisten a las escuelas nacionales y municipales. Rasgo de ternura que ennoblece este concurso es la parte que piadosamente dedicáis a los pobrecitos y ciegos y sordomudos de este renombrado Colegio de Santiago, en que vive aún el recuerdo de aquel maestro extraordinario que se llamó López Navalón.

Como no puede mirar al niño sin ver la madre, y considerar en ella el primer agente de la educación y de la higiene, hacéis llamamiento a las madres pobres, viudas o casadas, que teniendo cinco o más hijos acrediten mayor afán en la instrucción y educación de ellos, y las que sepan cuidar y vestir más higiénicamente sus hijos de pecho. Estos premios serán poderoso estímulo que despertará en el corazón de muchas madres un noble sentimiento de emulación para cuidar, vestir y educar sus hijos, y se convencerán de que la pobreza no tiene que ver con la ignorancia y la suciedad y desmañamiento en el vestido, que el pobre puede ser tan ilustrado, educado y limpio, como el rico.

Corroborar este apotegma la base séptima que premia a aquellos alumnos de las escuelas nacionales y municipales que demuestren más cuidado y perfección en el aseo personal. Os declaro que me encantó cuando la leí, y más la apostilla que sigue —estos premios, dice, se adjudicarán mediante prueba que habrá de presenciar un Jurado—. Sé que estas pruebas se han hecho tal y como era exigido; yo le leía con

deleite en la prensa local en días de Mayo y Junio, y aunque lejos de aquí, mi pensamiento estaba con vosotros, queridos niños, cuyos nombres no pronuncio ahora por no ser prolijo, y porque muy pronto seréis llamados a recibir el galardón merecido. La limpieza natural del cuerpo, sin más afeites que el agua clara y el jabón, sobre ser cosa sana, es como el prólogo de la limpieza del alma. Difícilmente se concibe que un alma limpia habite un cuerpo sucio. Sed siempre, niñas y niños, limpios, pulcros y aseados, sin coquetería ni afeminamiento, y tendréis mucho adelantado para ser honrados, honestos, alegres y felices. Ya sabéis que el hábito es una segunda naturaleza, si os habituáis a la limpieza, no sabréis vivir sin ella.

Señores de la LIGA DE AMIGOS: cuanto más la miro, más admiro vuestra obra, de cuya grandeza no os dais cuenta, porque estáis dentro de ella y porque os sucede lo que a todos los que trabajan con modestia y perseverancia, que les parece hacen muy poco. Los que estamos fuera, los que contemplamos cómo el edificio se va levantando, podemos apreciar justamente la magnitud del esfuerzo. Trabajáis a pro de los intereses materiales y espirituales de la ciudad, no hay punto que no toque vuestra fecunda iniciativa, queréis llevarla a todos los ramos que integran la compleja vida social de los pueblos modernos. Sois discretos en la elección, incansables en el trabajo, modestos en el pedir, parcios en el prometer, formales en el cumplir, generosos en el dar, acertados en el resolver y corteses en el tratar. No queréis el bien de Santiago de manera estéril y platónica, abomináis de los *hojalateros*, que en esto como en la política también los hay, perpetuos e inútiles Jeremías que no hacen más que llorar, lamentar y censurar. Vosotros demostráis el movimiento andando, con vuestro entusiasmo caldeáis a los tibios, animáis a los cobardes, despertáis las energías dormidas, pero no extintas, de la raza gallega, y con ellos y con ellas no más, con lo que da de sí la tierra y la gente, con elementos y materiales exclusivamente gallegos, cimentáis, edificáis, coronáis y consolidáis una obra genuinamente, soberanamente y hermosamente regional. No es en verdad el regionalismo idea que nazca, ni se sostenga, ni conexión ostente con el ideal higiénico y educativo, por lo mismo que sería ridículo pretender que higiene y educación son cosa privativa de nuestro territorio. Pero es cierto que la higienización y la educación de la masa popular, hecha dentro de casa por iniciativa de gallegos, con el concurso exclusivo de gallegos, para fines y conveniencia de los gallegos, con dirección a la prosperidad de Galicia, no puede menos de robustecer el decaído espíritu regional, y la confianza en nuestras propias potencias y energías, que es la esencia del regionalismo que aquí sentimos.

Ya veis, señores, si es grande esta vuestra obra, que pequeña os parecía cuando la planeabais en vuestras reuniones las noches frías del pasado invierno; que veáis florecer en los risueños días de la primavera, días de esperanza alentadora, y que veis fructificar, sin casi dar crédito a vuestros ojos, en el estío del Año Santo, de perdón y de gloria para la vetusta Compostela. Ella merecía tener por cantor al más grande de los oradores de nuestro tiempo y de nuestra región, pero vuestra voluntad ordenó de otro modo las cosas y es el último de los hijos de Santiago quien tiene que actuar de presidente y mantenedor en esta fiesta, brillante remate de los concursos que habéis organizado.

Quiero que mi discurso sea un himno a la LIGA DE AMIGOS; y si no lo consigo es porque mi torpe palabra no sabe expresar lo que concibe el pensamiento. Tomad la intención y el firme propósito como si fuese expresión adecuada de lo que merecís se os diga. El homenaje de mi admiración y gratitud lo rindo a cada uno, y singularmente



a quien os dirige, personifica, encarna y concentra en sí todos los entusiasmos y energías, vuestro sin par presidente D. Máximo de la Riva, nombre legendario en la historia del progreso santiagués, de quien yo diría que es varón de prudente sabiduría, discreta acción, fino sentido práctico y exquisita cortesía, modelo de ciudadanos cabales por cualquier lado que se le mire.

Ayúdale con fe e inteligencia el Secretario, Dr. Bacariza, no por modesto menos valioso, cuya labor, que no se ve, es indispensable para la gestión interna de todos los proyectos.

Y ahora comienza mi grave aprieto. Voy pagando como puedo, más con palabras que con obras, las deudas parciales que con vosotros he contraído; pero la gran deuda de mi gratitud inmensa, eterna, casi infinita, me coloca en situación de insolvente, porque me parece nada la mezquina obra de este discurso, única prenda que me atrevo a ofrecer con rubor. Vuestra nobleza os hace creer que he venido a honraros, y sois vosotros los que habéis exaltado al humilde, y le habéis abrumado y confundido con el más apetecido de los honores que a hombre alguno puede tributarse. Creería estar soñando si no os viese en torno de mí y si no viese, oyese y palpase mi propia insignificante pequeñez, frente a todo lo grande que encierra mi querida ciudad natal. Yo hubiera preferido eclipsarme dejando que luciese libremente el espléndido brillo de esta fiesta consoladora; pero vuestro favor y mi honor, clavado me tienen en este sitio, que no abandonaré hasta que se haya apagado el último rayo de luz y extinguido la última vibración sonora. Yo os pido licencia para hablar de mí, porque es necesario que de mí hable, si he de rendir, como quiero, en las últimas, sentidísimas palabras, la pleitesía debida a mi tierra y a mi ciudad; ¡mal hijo sería si tal no hiciese!

Atrájome vuestro cariñoso llamamiento y trájome en sus alas el amor a Santiago. Confuso quedé al recibir vuestro mensaje; pensando en mí, vacilé, pensando en vosotros, me decidí; el amor a la tierra del gallego, ausente muchos años, triunfó. Porque ya dice el refrán, la ausencia es aire que apaga el fuego chico y aviva el grande. He venido con todos los míos, porque quise hacer ofrenda a mi ciudad de lo que más amo, y para que, aquí presentes, sea de ellos antes que mía, si lo permitís, la mayor y mejor parte del cariñoso, inmerecido homenaje con que me tenéis rendido. Los que aquí no estén, nos miran desde allí; quizá los ecos de esta fiesta llegan al solitario cementerio y hacen estremecerse de gozo las cenizas de los que fueron autores de mis días.

Pobre de mí, yo no hubiera podido mal cumplir vuestro encargo, ni siquiera aceptarlo, si no llamase en mi ayuda dos grandes amores, dos amores que guardé siempre encendidos en el fondo de mi corazón, rescoldo tibio de ordinario, brasa viva cuando soplabla sobre él el viento de los recuerdos. Estos dos amores que yo transmití a mis hijos, porque quiero que los tengan por suyos, son, el amor a mi fe religiosa, el amor a mi Santiago, que es el amor a mi tierra gallega, mamados en el regazo de mi santa madre, acrecidos bajo las bóvedas sombrías de nuestra Catedral incomparable, en aquellas tranquilas horas de vespertina oración, fomentados en los dichosos años de mi niñez y juventud, en la Escuela Normal de D. Andrés Jacinto Suárez, en el Instituto de López Amarante, Ulla, Macho, y Alfajeme, en los claustros de Fonseca y en la Universidad de Casares, Sánchez Freire, Teijeiro, Piñeiro, Gil Villanueva, La Riva, Andrey... ¡Oh, maestros queridos! La evocación de vuestro nombre corta el hilo de mi discurso para consagraros el recuerdo de discípulo que os amó, os admiró y no os olvida. Viven aún, con gran contento mío, y vivan muchos años, el venerable Romero

Blanco, anatómico filósofo, el genial Varela de la Iglesia, precursor, sin medios de enseñanza, de la Fisiología experimental, el sabio higienista Fernández Íñiguez, y el celoso decano La Riva Villar; para cada uno el más expresivo tributo de mi respeto y de mi cariño.

Decía que aquellos mis dos amores fueron creciendo y madurando en los años juveniles, años de *La Casa de la Troya* de Pérez Lugín, en las vueltas inacabables por los soportales de las Rúas, las tristes tardes del invierno, conversando de cosas de la cátedra, y mirando acaso furtivamente al alto ventanal, tras cuyo visillo, discretamente recogido, asomaba de vez en cuando el rostro peregrino de una mujer, mientras los canalones vertían el agua a torrentes sobre las losas de la calle y el viento zumbaba entre las torres de la Catedral, produciendo esos ruidos tan familiares a los santiagueses; en las excursiones primaverales y veraniegas por los amenos alrededores de la ciudad; en las fiestas y costumbres populares típicas y características de Santiago; el juego de los *petos* en la Rúa de San Pedro, la bendición de Domingo de Ramos, las procesiones del Sacramento en las parroquias, los mercados de Santa Susana, los *lumes* y globos de San Juan y de Sar, el fuego *rastrero* en la Quintana, la víspera del Apóstol, la severa fiesta de los héroes del Batallón Literario, el dos de Mayo, las alegres tunas y mascaradas de estudiantes, artesanos y comerciantes, lujosas a porfía, con apedreo de almendras y dulces auténticos las trágicas *batallas* a honda en la Trisca, con descalabro no menos auténtico de cabezas, intervención armada de los *villets*...

¡Oh recuerdos gratos de mejores días, reverdecidos hoy al influjo mágico de esta fiesta! ¡Oh, fe religiosa, oh amor regional, grabados con candente hierro en la carne misma de mi corazón! Yo os llevé conmigo a donde quiera que fui, inspiré mi vida en un constante y firme *galleguismo*, y os confieso públicamente en esta hora, tan singular, que ni he tenido, ni volveré a tener otra como ella. Frutos vuestros son estas páginas escritas a la sombra del Pilar de Zaragoza y ofrecidas ante el sepulcro del Zebedeo; ellas traen las recias auras del Ebro caudaloso, que pasa lamiendo el templo de la Virgen, a las solitarias orillas de nuestros humildes Sar y Sarela, que rodean en cariñoso abrazo la Basílica del protomártir de los Apóstoles.

*Sursum* Santiago, ciudad querida. Por la Religión, por la Virtud y el Trabajo, por la Educación y la Higiene, por la Liga de tus Amigos, adelante en la senda del bueno, del santo, del verdadero progreso. Mis rodillas se hincan en tu suelo, y mis labios besan la tierra bendita que me vio nacer, mientras los latidos de mi corazón me están diciendo: GALICIA, GALICIA, COMPOSTELA, COMPOSTELA...